

January 2001

Lo humano y la paz como elementos consecutivos del derecho a educarse

Oscar Armando Ibarra Russi

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ibarra Russi, O. A. (2001). Lo humano y la paz como elementos consecutivos del derecho a educarse. *Revista de la Universidad de La Salle*, (31), 29-42.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Lo humano y la paz como elementos consecutivos del derecho a educarse

*Oscar Armando Ibarra Russi
Administrador de Empresas y Filósofo
Magister en Desarrollo Educativo y Social
Especializado en Sociología Política y de la Administración Gubernamental,
Educación Personalizada y Diplomado en Formulación de Proyectos de Desarrollo
Decano de la Facultad de Educación
Universidad de La Salle.*

La relación entre Educación, Cultura y Paz ha estado sumida en una profunda crisis, sobre todo, en los últimos tiempos. La sociedad espera que la educación ponga remedio a las causas de la violencia que conforman el ser social, en la medida en que espera que se humanicen las conductas y comportamientos de los individuos y se resignifiquen los valores que deben ser asumidos por las comunidades educadoras para propiciar los espacios de encuentro y de diálogo que den lugar a las condiciones requeridas para el crecimiento armónico de los colombianos.

Pero igualmente la sociedad es consciente de las diversas manifestaciones en las cuales se ponen en evidencia dentro del universo simbólico, de lo cotidiano y dentro de las condiciones reales de la vida diaria las más crudas manifestaciones de violencia y lo que es peor, el que se haya llegado a un consenso sobre las violencias que afectan nuestro desarrollo como nación, pero no hayamos podido concertar en forma práctica un significado para la paz.

La explicación y comprensión de nuestra proyección educativa tanto desde el mundo universitario como desde los demás niveles del sistema formal y en general desde los diferentes campos de la educación, obligan a profundizar en la naturaleza de los componentes de la relación educativa con los campos de la ética y la cultura y a identificar elementos de un nuevo planteamiento que nos permita hablar de paz en y para la educación, en la medida que delimite el es-

pacio que nos es propio como responsables de la misión educadora. Así mismo es importante definir los campos que corresponden a otros sectores y prácticas sociales para establecer la situación en el contexto y poder explicarnos los fenómenos de naturaleza diversa al fenómeno educativo y la manera como éstos se entrelazan en la búsqueda de opciones de paz.

Lo primero que tenemos que precisar en aras de la comprensión es que lo opuesto a la Paz no es la carencia de conflicto. Si asumiéramos que la paz se agota en la ausencia de conflictos estaríamos afirmando que solo en la quietud, en el equilibrio perfecto, en lo estático, en lo permanente, en el no cambio, sería posible la vivencia de la paz y esto colocaría de manera extraña la paz como una meta imposible de lograr por seres humanos y con seguridad nos colocaría en el campo del más crudo idealismo.

Según Álvaro Rendón Merino en su texto "el aprendizaje de La Paz"¹ derribar en la estructura de la sociedad "el paradigma social de la cultura vigente, implica poner los

valores éticos en la piel de la sociedad y generar un consenso ciudadano sobre los más urgentes -en lo que algunos académicos e investigadores sociales han concluido en denominar una ética civil-, descubriendo la contracultura de la no violencia como primer procedimiento para aprender socialmente a transformar los conflictos de manera positiva".

Para este mismo autor y en general para la comunidad científica, conflicto no equivale a violencia, el conflicto es un componente básico de la vida social de los seres humanos. Representa un fenómeno continuo y constante en la interacción humana, el cual se encuentra alojado en el inconsciente colectivo, en la genética de todos los seres humanos, aunque también existe en las relaciones sociales, económicas y políticas

porque la contradicción es parte integrante del microcosmos, y es elemento integral de la vida y de la naturaleza.

Al observar diferentes tipos de sociedades de las que son identificadas como **sociedades en paz** podemos constatar que de alguna manera se encuentran comprometidas con he-

Al observar diferentes tipos de sociedades de las que son identificadas como sociedades en paz podemos constatar que de alguna manera se encuentran comprometidas con hechos que ponen de manifiesto que existen en ellas diferentes tipos de conflictividad que las compromete con la violencia.

¹ Rendón Merino, Álvaro. El Aprendizaje de la Paz. Ed. Magisterio, Bogotá, 2000, Pág. 100

chos que ponen de manifiesto que existen en ellas diferentes tipos de conflictividad que las compromete con la violencia, y conceptualmente se puede afirmar que en las sociedades en general, se asume que sus dinámicas de cambio presuponen algún grado de violencia que resulta de los conflictos de intereses entre individuos que pretenden impulsar estructuras o conductas nuevas anulando aquellas que le son contrarias o sencillamente de la reacción o desgaste de las rutinas del sistema y de la pérdida de sus grados de tolerancia.

Los movimientos en la sociedad presuponen la conflictividad y en ella de alguna manera se manifiesta la tendencia al transcurrir sin que por ello aceptemos que la única expresión posible del conflicto es la guerra y la violencia y que no existan recursos que nos permitan tratarlo dentro de ámbitos de concertación y de transformación hacia espacios de dignidad y de respeto de los intereses de los seres humanos comprometidos en él.

Dicho de otra manera, se asume socialmente que los individuos poseen intereses que se manifiestan en la práctica a través de conductas de confrontación y que es necesario mediar entre dichos intereses desde una instancia superior que represente los principios de viabilidad de la sociedad, de tal manera, que los intereses individuales no primen sobre los intereses colectivos y que la brutalidad de las fuerzas desencadenadas por el conflicto no predominen sobre la búsqueda inteligente y estratégica de soluciones en

las cuales las partes confrontadas ganen y crezcan en humanidad.

Esto obliga a aceptar que el Estado en nombre de la sociedad y más concretamente de los ciudadanos, está legitimado para ejercer cierto tipo de violencia sobre las personas y colectivos, elemento clave en la necesidad de mantener el orden socialmente establecido y en ese sentido la razón ética de búsqueda del bien común legitima una estructura del poder y de la fuerza capaz de desencadenar violencia si fuere necesario desde los supremos intereses de la sociedad, esto es, la legitimación del derecho de la sociedad a defenderse mediante el castigo o la represión, como práctica para validar las conductas públicamente aceptadas y discriminar formas de proceder de los ciudadanos y grupos socialmente descalificados por considerarse extraños a la cultura cívica.

Pero igualmente lo opuesto a la Paz no es la guerra. Si asumieramos que la Paz se agota en la ausencia de guerra, esto es en la carencia de conflictos armados en los que se busca el predominio de intereses de un grupo sobre otro mediante el poder de las armas y de la organización militar, estaríamos entendiendo que la paz es el predominio de la fuerza y del poder de los más fuertes sobre los más débiles y en consecuencia aceptaríamos que la paz sólo es posible como resultado de la sumisión de los más débiles a los más fuertes, del despotismo y de la imposición y que ella sería el resultado de la negación de la libertad de unos seres humanos por otros que

conocen la efectividad del poder armado y que pueden controlar su alcance, generando temor, desesperación y desestabilizando la organización social mediante el terrorismo.

Si asumiéramos que la paz es la ausencia de la guerra, siendo ella un valor supremo para la sociedad, cualquier despotismo sería válido para lograrla, siempre y cuando silenciaran los cañones, aniquilaran de manera certera los opositores, eliminara la controversia e impidiera la confrontación armada, con la organización militar al precio que fuera.

La lucha por la paz entendida como ausencia de la guerra estaría fundamentada en la guerra misma como única salida al conflicto y en la eliminación de la violencia, de la alteridad y del cambio, como mecanismo explícito para la conquista de las condiciones de no guerra. En el fondo estaríamos de frente a las teorías Darwinianas de la ley del más fuerte como mecanismo de selección de los individuos y de las especies y asumiríamos que las élites sociales dependen del poder y de la astucia de las armas dentro del más crudo militarismo social.

La guerra sería el mecanismo legitimador del Estado y de la sociedad y aquel debería ser una estructura al servicio del más fuerte contra los más débiles frente a las armas. En esta situación nuestra posibilidad sería legitimar la guerra y no la inteligencia como la partera de la historia.

La lucha por la paz entendida como ausencia de la guerra estaría fundamentada en la guerra misma como única salida al conflicto y en la eliminación de la violencia, de la alteridad y del cambio, como mecanismo explícito para la conquista de las condiciones de no guerra.

Desde esta perspectiva, en situaciones en las cuales las fuerzas enfrentadas no logran el predominio, es legítimo sostener la guerra por períodos prolongados o indefinidos hasta tanto una de las facciones no logre la erradicación o el predominio sobre la otra y la guerra sería un estado permanente en la vida social que trabaja por la paz.

Las sociedades modernas entregaron el monopolio de las armas al Estado para potenciar en la estructura estatal la garantía de la paz desde el poder social y darles a las armas el efectivo control de lo legítimo y no el poder de realizar la guerra. Sin embargo, la guerra encontró una expresión en los levantamientos de los ciudadanos contra el Estado por encontrarlo defensor, no de los intereses sociales sino de los inte-

reses de ciertos sectores o facciones de la sociedad y proclive a la construcción del no bienestar e incentivador de un desarrollo desigual y fraccionado que niega a otros el derecho a la vida como la más cruda expresión de la violencia por ser violencia institucionalizada.

En ese contexto la guerra se ha convertido en el mecanismo de igualación de los desposeídos para ganar aquello que resulta de no tener nada que perder y de entender a la par como iguales las condiciones de muerte y las de vida. En este proceso la guerra es generadora de una violencia represiva legitimada que intenta resolver por la fuerza y reducir por la violencia simple de las armas aquello para lo cual la inteligencia no ha logrado proponer alternativas viables de solución en el ámbito de un desarrollo económico y social equitativo.

La guerra transformó su significación real de mecanismo de negación total de la existencia de estructuras vitales a la de mecanismo de humanización e igualación del llamado desarrollo de los pueblos. Esta nueva significación de mecanismo de igualación entre los ciudadanos pone a la guerra en condiciones de superioridad frente a la paz. Aquí la paz resulta descalificada en su naturaleza prístina, es colocada como defensora de intereses extraños a la colectividad, como cómplice de la desigualación ante el estado y ante la ley y como servidora de quienes subordinan a las mayorías con el poder de las armas, no frente a lo legítimo sino frente a lo posible, sin ningún reparo por la inhumanidad que provocan. Esto es más grave cuando el efecto

de pobreza y de opresión es vivido por mayorías de ciudadanos sometidos al no bienestar y al no desarrollo.

El hecho es que ha surgido una nueva significación para la paz y para la guerra que debe ser estudiada por la academia y debe ser analizada en sus implicaciones y en sus proyecciones. No en vano el país ha mantenido medio siglo de luchas fratricidas sin encontrar ni explicación, ni salidas desde diversas teorías al derramamiento de sangre entre colombianos en un conflicto agudo cuyos efectos sentimos sin discriminación niños, jóvenes y viejos.

La paz perdió aquí su significado de armonía, crecimiento, desarrollo humano y social, concertación, comprensión, igualación, construcción social de lo ético, pero igualmente la guerra perdió aquí su sentido de mecanismo de imposición, determinación, defensa de lo ilegítimo o generadora de perversión para la sociedad en cuanto estructura armada de los intereses del más fuerte y la violencia camina por senderos diversos a la no ética y a la no moral y campea por el sin sentido de las matanzas de campesinos y de niños escolares y lo que es más grave por la masacre de los sueños y las esperanzas de futuro de un pueblo con ganas de vivir.

La conflictividad social nos coloca frente a una amalgama muy compleja de conductas y de expresiones por las cuales pasan las manifestaciones de la guerra, la paz y la violencia sin que podamos entender y contener los

efectos desastrosos que para la sociedad colombiana esto ha significado. El fenómeno se hace más complejo cuando se contextualizan las relaciones posibles en el ámbito de la globalización y en el intersticio del cambio de siglo y de milenio. Una nube de tensiones jalona la dinámica social hacia nuevos estadios de desarrollo y agudizan el conflicto haciendo efecto de transitividad hacia espacios y lugares no comunes o por lo menos no transitados en épocas pasadas.

La diversidad de fenómenos culturales y sociales resultado de la aceleración de los procesos del conocimiento y de su aplicación tecnológica en el marco de la moderna economía y de las diferentes evoluciones y revoluciones que se gestaron dentro de las fuerzas de un desarrollo continuo y abierto en el espacio a las leyes del mercado capitalista, dieron forma a procesos de globalización, desubicaron las gestas y movimientos sociales que se conformaron en el marco de las aspiraciones de los grupos más radicales de comienzos de siglo y produjeron una intensificación de las confrontaciones capaz de alterar el equilibrio entre permanencia y cambio.

Las tensiones generadas por las nuevas condiciones de los procesos sociales han acentuado el distanciamiento entre las posiciones de la economía cerrada frente a las posiciones de los modelos de mercado abierto, los nacionalismos frente a los internacionalismos, las soberanías locales frente a las rela-

ciones planetarias y a sus correlaciones de fuerza en el mercado financiero y de posición de subordinación entre primer mundo, segundo mundo, y tercer mundo.

Las tendencias a planetarizar la cultura se enfrentan a la búsqueda de identidad en el campo de una cultura local y regional, la especificidad de los saberes frente a la universalidad de la información, la intimidad frente a la transparencia, lo público frente a lo privado y cada vez más se siente la incidencia de fuerzas que obligan a pensar en la urgente necesidad de encontrar nuevos significados a la existencia de personas, comunidades, pueblos y nuevos conceptos y prácticas para explicar la tan esquiva paz para Colombia.

Es tal el impacto que provocan los acontecimientos que a decir de Víctor Guedes, ponente del congreso internacional de formación de formadores en Urubamba Perú² tenemos que asumirmos en época de transición, puesto que "toda época es de transición para quien vive en ella, sin embargo algunos momentos circunstanciales y ciertos tiempos coyunturales tensionan las fuerzas transitivas hasta sus máximos límites. La situación de cambio de siglo y el comienzo de un nuevo milenio repotencian esta condición hasta el grado que llega a donde más no se puede. En tales instancias no es extraño que afloren las interpretaciones mágicas y las elucubraciones míticas, porque por regla general los umbrales represen-

² Guedes, Víctor. Libro de ponencias I Congreso Internacional de Formadores Urubamaba. Perú. Ed. Bruño. 2000. Pág. 97.

tan una especie de mezcla entre trance, transición, transfiguración y trascendencia. Todo umbral es símbolo de unión y separación de fin y comienzo, de sospecha y sorpresa, de vigilia y sueño, de incertidumbre y esperanza”.

Tenemos, según Guedes en su ponencia, que enfrentarnos a hechos tan significativos que nos permitan avanzar desde la vivencia de la relatividad que se inició con el planteamiento de la teoría de Einstein y contaminó nuestro mundo subjetivo, hasta convertir nuestras experiencias en una atmósfera saturada de lo impredecible, lo incierto y lo paradójico. Tenemos que enfrentar la transformación de las ideologías defendidas y protegidas por el poder político y cultural en un vacío que produce la sensación de intemperie y de desguarnecimiento. Las respuestas a todas nuestras preguntas ahora se reemplazan por el cambio general de todas las preguntas. La visión de una historia lineal con un desenvolvimiento direccionado y hasta inexorable se cambió por una comprensión de acciones turbulentas, de complejidad e impredecibilidad hasta el punto de que solo es posible plantearnos escenarios abiertos en los

cuales los atributos de lo real, de lo potencial, de lo previsible, de lo imprevisible y de lo deseable nos anuncian con anticipación nuestras opciones pero no nuestras determinaciones.

Igualmente enfrentamos toda la significación de un mundo grande y distante transformado en un mundo pequeño y global por el vertiginoso avance de los medios de comunicación, mundo en el cual existían muchos fines producto de las cargas ideológicas que alimentaban las esperanzas e ilusiones pero en el cual, sin embargo, los medios de lograrlos no estaban en el orden del día, mundo que ha generado situaciones en las cuales existen muchos y potentes medios tecnológicos pero no se ven con claridad los fines. No hay muchas brújulas, ni mapas de navegación.

Al escudriñar sobre el sentido de la paz y asumirla como un hecho diferente de la no guerra y como un hecho diferente del no conflicto, nos damos cuenta que el problema de la paz es mu-

cho más complejo en su naturaleza y por tanto mucho más compleja la posibilidad de lograrla. Se hace necesaria una reflexión que nos permita comprendernos como seres humanos y construir un lugar de interpretación

La conflictividad social nos coloca frente a una amalgama muy compleja de conductas y de expresiones por las cuales pasan las manifestaciones de la guerra, la paz y la violencia sin que podamos entender y contener los efectos desastrosos que para la sociedad colombiana esto ha significado.



para la paz que toque la naturaleza de lo que los griegos llamaron PAIDEIA y los romanos llamaron HUMANITAS, lugares en los cuales pusieron de manera depurada elementos fundamentales de sus respectivas culturas como elementos síntesis de aquello que los hombres y las sociedades deben ser para poder encontrar en la cultura, en lo cotidiano, en sus conductas comunes y simples el preciado lugar de la paz. Aquel lugar descubierto por la filosofía como lugar de los principios y valores, el lugar de la ética que es en todos y cada uno fuente de inspiración pero se constituye en evidencia, en la materializa-

ción de la cultura y en el reconocimiento del bienestar colectivo.

Debe crearse un nuevo imaginario para la paz que integre la comprensión de lo humano como constituido por la incertidumbre, la complejidad de la existencia y la transividad de lo real para un sujeto que desde la mismidad anclada en la memoria puede reconocerse él mismo en la dispersión de la historia a la cual no le encuentra sentido por carente de utopías y por no poseer una instancia unificadora que permita realizar la síntesis existencial necesaria, para posicionarse frente a lo absurdo de un

mundo alterado y desbordado por las violencias y por los impactos de los cambios de todo tipo, ante los cuales se encuentra absorto e inmóvil y cuya razón no sale del asombro o en el mejor de los casos busca intensamente acomodarse para justificar su presencia mediante tenues manifestaciones de pañuelos blancos o de gritos de "NO MÁS".

Asumir la paz desde la educación nos obliga entonces, a ubicarnos en la perspectiva de potenciar el ser personal y el ser social como un ser ético, capaz de situarse desde los valores para desenmascarar las alteraciones de sentido de la paz y de la guerra y asumir la violencia como un hecho susceptible de transformación hacia condiciones de crecimiento humano, de defensa de la vida y de la dignidad personal y colectiva. Asumir la paz desde la educación nos obliga a plantearnos compromisos solidarios de grandes proporciones por integrar a nuestra acción educativa la intensificación de los procesos formativos de los ciudadanos, que desde el aprendizaje del idioma y la aproximación a las imágenes de lo humano en la relación padres e hijos, asuman la vivencia de las expresiones del destino común que nos define como familia, como comunidad y como pueblo para que en el descubrimiento del otro como ser humano, encuentren también la riqueza cultural, de principios y valores humanos que la historia nos entrega para construir juntos el lugar de cada quien, el lugar de su autonomía y desarrollo pero igualmente el lugar de todos dentro de la equidad y la justicia social, haciendo posible que la

riqueza material sea el medio para la construcción y el crecimiento en humanidad y no para la destrucción de nuestra viabilidad como nación.

El sistema educativo en su conjunto debe posicionarse como responsable de la creación y el fortalecimiento del desarrollo de sujetos autónomos, capaces de descubrir desde su propia capacidad crítica las dimensiones desproporcionadas de la intolerancia que expresan los términos: desapariciones, matanzas, secuestros, extorsiones, inmoralidad administrativa, irresponsabilidad administrativa, depravación política, desplazamiento ciudadano, participación de niños en las escuadras de la guerra pero ante la indiferencia y apatía por el destino común.

Nadie nace aprendido para la paz, los seres humanos somos tal vez la única especie que procrea individuos cuyo cerebro se manifiesta mínimamente con información clave para la existencia en el momento de su gestación, todo lo que constituye su pensamiento ha sido adquirido por su experiencia de vida y de aprendizaje, la paz es entonces para todos un aprendizaje, como también lo es la guerra, la violencia y la manera de resolver conflictos. En este sentido la paz es un resultado de la educación desde el punto de vista de la disposición de los sujetos formados para responder por sí mismos y por la vida colectiva y social; esto es en la medida de permitirles la construcción de principios y valores que fortalecen su conciencia personal y colectiva para el desarrollo armónico consigo mismos, con la naturaleza y con la sociedad.

Si recorremos la historia de la educación, encontraremos con seguridad cómo nuestras preguntas pedagógicas están relacionadas con la intensificación de la vivencia de lo humano, haciendo posible que los sujetos que se educan se cuestionen sobre sus propios fines como seres humanos y en ese sentido se interroguen por lo que esperan de la sociedad y por lo que la sociedad espera de ellos, intentando fortalecer su capacidad gestora de futuros nuevos en humanidad, que nos permitan avanzar en forma comprometida hacia nuevos momentos y comprensiones de nuestra historia personal y social.

El sistema escolar fue interpelado de manera directa una vez finalizó la primera guerra mundial con la convocatoria realizada por los maestros de Praga en 1927 en la primera "conferencia mundial para la paz en la escuela" a partir de la cual se fortaleció el movimiento de "Escuela Nueva" y el pensamiento existencialista sobre la educación, buscando centrar lo humano en el corazón de la propuesta escolar y en consecuencia se exigió una revisión de los enfoques pedagógicos y de las estructuras metodológicas y didácticas para hacer posible un pensamiento nuevo sobre la función de la educación frente a la paz

a partir de una experiencia educativa centrada en los educandos.

Pedagogos como los de la corriente libertaria: JUAN JACOBO ROUSSEAU, PEZTALOZI, FERRIER y NEILL, entre otros, buscaron por todos los medios generar desde dentro, desde lo humano posible y deseable y desde el pensamiento educativo, el surgimiento de un sujeto ético, autónomo, responsable y libre, en condiciones de cuestionar desde su propia inteligencia su capacidad de generar respuestas que le permitieran encontrar sentido a su participación social en la construcción de la paz, en la medida en que fundamentaban su formación en valores éticos y para quienes la transgresión de lo ético suponía un desconocimiento del otro y una falta ante sí mismo.

*Al escudriñar sobre el
sentido de la paz y
asumirla como un hecho
diferente de la no guerra y
como un hecho diferente
del no conflicto, nos
damos cuenta que el
problema de la paz es
mucho más complejo en su
naturaleza y por tanto
mucho más compleja la
posibilidad de lograrla. Se
hace necesaria una
reflexión que nos permita
comprendernos como seres
humanos y construir un
lugar de interpretación
para la paz.*

En América Latina el movimiento de la educación liberadora de PABLO FREIRE y de la Iglesia Católica a través de sus diferentes Conferencias Episcopales desde las realizadas en Medellín y Puebla, denunciaron la pedagogía del oprimido y han proclamado tesis fundamentales en la construcción de proyectos humanos capa-

ces de liberar al hombre de toda opresión e injusticia mediante procesos personalizantes y liberadores que fundamentados en la educación permitan superar las servidumbres culturales, intelectuales, éticas y sociales que impiden cosechar el fruto de una paz estable y duradera.

Ni la escuela, ni la universidad, ni la academia han sido ajenas a las preguntas fundamentales por la naturaleza de los conflictos y por sus proporciones en el universo de nuestras transformaciones sociales, porque tampoco han sido ajenas a sus efectos. El malestar general de la sociedad se proyecta sobre las comunidades educadoras y todos y cada uno de sus actores de manera continua y distinta creando situaciones de conflicto e incrementando la energía desestabilizadora, sin que se logren causas que permitan superar los niveles de tensión y avanzar hacia nuevos significados de lo humano.

Sorprende ver como en los últimos tiempos el Estado se ocupa del tema de la calidad de la educación desde el punto de vista de la acreditación sin que de manera explícita se impliquen los desarrollos del sistema educativo en la construcción de la calidad estratégicamente mas importante para la sociedad colombiana que es la construcción de un estado de paz. La carencia de una línea de acciones sostenidas sobre el sistema escolar y sobre la educación superior que reclame la conformación de un frente común, es muy notable respecto de las definiciones de política educativa, aun en el caso de los fenómenos de desplaza-

miento de poblaciones el cual siendo un fenómeno creciente y amenazante sigue siendo desconocido en el marco de los compromisos del sistema educativo.

Se sabe que de los desplazados por la guerra, en los últimos 2 años han salido para el exterior 600.000 profesionales y que las escuelas han creado sistemas de protección para familias y niños que llegan hasta sus aulas, mas por el sentido de la solidaridad humana entre colombianos que por el desarrollo de políticas concertadas y de propuestas académicas de la organización escolar.

La situación de los maestros desplazados es cada vez más grave y se percibe que las exigencias de naturaleza académica y de corte laboral desde el Estado para los maestros en ejercicio tiene visos de estímulo sobre el conflicto y no de convocatoria para vincularlos al trabajo por la paz.

Ni la escuela ni la Universidad han sido extrañas a los acontecimientos de la guerra a pesar de la insistencia de los organismos no gubernamentales y, de las entidades multilaterales de no permitir que el conflicto penetre sus claustros. Cada vez es más notorio el efecto desgarrador de la guerra y la manera como los bandos armados penetran con fuerza desestabilizadora los linderos de la educación.

Existen tendencias a establecer clasificaciones y diferenciaciones tanto respecto de la paz como respecto de la guerra y de la violencia así como de la naturaleza y diversidad de los

conflictos, según sus orígenes y manifestaciones, pero lo cierto es que aunque dichas clasificaciones permiten un tratamiento funcional del problema no tocan la realidad profunda, de vacío y carencia de proyecto vital que nos unifique.

Todos estamos invitados y entendemos que si queremos mover el país hacia la paz hay que empujarlo para el mismo lado, pero no hemos podido concertar para cuál lado empujarlo y sobre este tema todos quieren tener la razón, mientras el río desbordado de la violencia continúa creciendo y con la consecución de recursos financieros para la guerra al narcotráfico se vislumbra la posibilidad de legitimar la muerte y la guerra desde el Estado, máxime cuando se intenta crear a través de los medios de comunicación una opinión pública que legitime desde ya el avasallamiento por la fuerza y el cierre a los diálogos de los grupos en conflicto.

No es que no se asuma que la tarea educativa en cuanto tarea formadora de ciudadanos no sea de por sí portadora de intensiones de crecimiento y desarrollo humano y en ese sentido, los procesos y programas educativos sean tenidos como una práctica de paz, por estar ellos ligados a la formación del ciudadano y a la formación de las mentes y las conciencias de los colombianos; sin embargo la condición de la conflictividad social y los alcances de la guerra deberían haber obligado a mirar la proyección de políticas públicas en educación hacia un horizonte de lo humano alcanzable mediante el manejo del conflicto a

partir de espacios, criterios y sentidos de concertación entre los formadores y desde la realización de lo educativo en todo lo que la educación es capaz de aportarle a la paz.

La aclaración del papel de la educación en el camino de proponer elementos esenciales para el logro de la desactivación de la violencia y la promoción de la justicia social, pasa necesariamente por el fortalecimiento de los procesos de formación de un sujeto ético con proyección histórica frente a los acontecimientos que alteran de manera directa las posibilidades de ser y de existir de la sociedad colombiana, por la comprensión de sí mismo en el desenvolvimiento de su ser como parte activa de la situación de guerra y de violencia y en ese sentido por su autocrítica frente a su incapacidad para afrontar de manera inteligente el conflicto. Pero igualmente pasa por las transformaciones y cambios de la estructura social para proveer las condiciones de un desarrollo sostenible, es decir equitativo y humanizante que permita mediante la concertación y el entendimiento entre los colombianos el surgimiento de un nuevo país.

La propuesta de lo nuevo como reto histórico obliga a la educación a entenderse en una dimensión diferente. El derecho a educarse es entonces el derecho y el deber de formar la conciencia de los colombianos en la posibilidad de ascenso a un nuevo humanismo social, a un nuevo significado de la vida y la historia en la cual quepamos todos y esto obliga a pensar que los educadores tenemos que mirar ciertamente con realismo la cruda

naturaleza de la violencia que nos afecta, pero igualmente debemos proponer y realizar mediante nuestro esfuerzo formativo un deber ser que nos permita transformar nuestras condiciones históricas de manera intencional hacia nuevos momentos en los cuales la sociedad se beneficie de todo lo bueno que como nación poseemos.

Desde aquí la educación debe construir un pensamiento pedagógico que se proyecte para el largo plazo en la superación de los conflictos mediante posiciones unificadas que fortalezcan nuestras calidades como pueblo y como nación. Nuestra guerra tiene que ser la guerra al desempleo, la guerra a la desintegración cultural, la guerra a los procesos sociales que debilitan nuestra identidad y nuestra cultura, la guerra al analfabetismo, la guerra a la injusticia social en todas sus manifestaciones, guerra a la discriminación social de las personas y de las ideas.

Nuestra guerra franca tiene que ser contra el subdesarrollo, contra los fundamentalismos de toda corte, contra la opresión y la servidumbre, contra los totalitarismos, contra la tiranía de la violencia y el terrorismo. Esto nos permitiría orientar nuestra energía por los caminos de la igualdad y defender la vida como el mayor bien posible de la humanidad.

Para comprometerse en la consolidación de la ética, la educación debería buscar caminos para lograr la resignificación de los sistemas simbólicos y descargar las conductas y sus significados de las condiciones de violencia que poseen, formando para la

vivencia de los valores propios de la democracia, la libertad, la igualdad y la fraternidad. Es necesario convertir el conflicto en fuente de criterio pedagógico para el descubrimiento de las condiciones y posibilidades de formar a los colombianos en el fortalecimiento de las relaciones necesarias para una convivencia civilizada como fundamento para el desarrollo humano sostenible.

El conocimiento y la tecnología deben ser asumidos como productos valiosos de la cultura en la medida en que se comprometan con las necesidades vitales de la sociedad y esto obliga a pensar que la enseñanza de las ciencias debe hacerse por referencia a la construcción de una conciencia solidaria y de un país para todos. La enseñanza en ningún nivel ni grado del sistema educativo se justifica en la transmisión de saberes no referidos a la ética y a la responsabilidad social y colectiva de vivir felices y en paz, entendida la felicidad como la realización plena de lo humano posible en cada época desde la concreción en la vivencia de los valores, en el reconocimiento que le asiste a cada ser humano y a todos de ser respetados en los derechos alcanzados y expresados por su propia cultura como reconocimiento de la dignidad y de la libertad.

Una nueva mirada para la paz fundamentada en un sujeto ético, coloca a la educación frente a la posibilidad de manejar el conflicto desde el deber ser y desde el convencimiento en la capacidad transformadora de la realidad que poseen los seres humanos. No podemos asumirnos como seres inertes frente a las condi-

ciones de reto y de dureza de la guerra y la violencia por ella propuesta, tenemos que asumir que los conflictos son el resultado de procesos predecibles, complejos y transformables.

Este enfoque de análisis nos permite prever lo que está por venir de la agudización de la guerra y nos permite asumir posiciones desde la ética para poner a funcionar los mecanismos sociales que impidan el avasallamiento de las fuerzas ciegas del conflicto y permitan reducirlo en su capacidad destructiva mediante la desactivación de los dispositivos de la conciencia bélica y la conformación de nuevos y fortalecidos consensos por la paz.

La educación debe asumir que la preparación para la paz es una formación sistemática desde la ética civil para el manejo del conflicto y un alinderamiento privado y público contra todas las acciones que impulsen el incremento de la intensidad de la guerra tomando en serio la responsabilidad por el bienestar de la nación mediante el desarrollo de comunidades educadoras fuertes, en cuyo seno se gesticulen nuevos espacios de crítica a la violencia y nuevas propuestas para el desarrollo social fundamentado en la justicia.

La valoración social del uso del conocimiento y de su capacidad productiva debe ir más allá de la formación de la competitividad, de la mano de obra y proyectarse hacia la manera de incidir en forma directa en el desarrollo de un espíritu

tolerante y democrático, desde un trabajo continuado y de largo plazo que permita consolidar en las generaciones jóvenes las conciencias creadoras de nuevos espacios de humanidad para Colombia.

La paz es el primordial significado de humanidad posible cuando se fundamenta en la justicia y en el reconocimiento de los derechos de los otros, sin el cual no existe la condición ni el derecho a educarse, ella puede ordenar las violencias hacia logros mayores de humanidad e integrar los esfuerzos de crecimiento y desarrollo en beneficio de todos pero también es cierto que es un valor para la vida y no para la muerte, ella no existe como paz de cementerios, por eso es indispensable encontrar procesos de igualación social, de naturaleza distinta a la guerra y retar nuestra creatividad para encontrar fundamentos a nuestro destino común.

La Educación contiene en sí misma el camino para la defensa de lo ético en la medida en que puede convertir cada enseñanza y cada aprendizaje en un cuestionamiento de fondo por el derecho de los otros a existir dignamente y por el rechazo a toda forma de muerte y de violencia. Nuestra misión educadora es construir semilleros de pensamiento y de compromiso con el país para que las inteligencias y voluntades de los colombianos ausentes y presentes retomen de manera franca y decidida la tarea de construir responsablemente la paz y la concordia entre los colombianos. ❖